



CIENCIA Alberto Mantovani, inmunólogo: «Todavía sabemos muy poco de este enemigo»

GENÉTICA El brote del coronavirus pudo provenir de perros salvajes en cuyo intestino evolucionó el patógeno



DEPORTES Irureta, Rexach, Santamaría... así luchan contra el miedo las leyendas del fútbol

AVANCE DEL CONTAGIO EN ESPAÑA

172.541 INFECTADOS +1%

VARIACIÓN RESPECTO DIA ANTERIOR

18.056 FALLECIDOS +3%

67.504 ALTAS +4%

* DATO OFICIAL DEL MINISTERIO DE SANIDAD

EL MUNDO

MIÉRCOLES 15 DE ABRIL DE 2020
AÑO XXX. NÚMERO: II.069.
EDICIÓN NACIONAL
PRECIO: 1,70 €

• La muerte no llega más que una vez, pero se hace sentir en todos los momentos de la vida (Jean de la Bruyère) •

La crisis se cebará con España por su gestión del coronavirus

El FMI cree que países como el nuestro o Italia sufrirán daños más intensos al verse forzados a tomar medidas drásticas / Prevé una caída histórica este año y un rebote en 2021 **POR PABLO PARDO / PÁGS. 6 Y 7**

ENTREVISTA A MÁRIO CENTENO «Europa necesitará al menos dos años enteros para volver al nivel de 2019. Y mucho más para la deuda» **POR P.R. SUANZES / PÁG. 26**

Casado se planta ante Sánchez tras ser citado por televisión a una reunión

► El presidente usa una rueda de prensa para informar al líder del PP de un encuentro el jueves y éste lo ve un «insulto»

M. HERNÁNDEZ / L. Á. SANZ MADRID Las relaciones entre el Gobierno y el PP se tensaron aún más ayer, después de que la portavoz del Gobierno anunciara una reunión mañana jueves entre Pedro Sánchez y Pablo Casado, sin informar previamente al PP. El líder popular se plantó y exigió que la fecha del encuentro sea acordada entre ambos. **PÁGINAS 4 Y 5**

El Gobierno opta por el plan de Escrivá y desautoriza a Pablo Iglesias

CARLOS SEGOVIA MADRID El Gobierno hizo patente ayer la desautorización a Pablo Iglesias al no aprobar la renta mínima exprés y éste intenta convencer al presidente para que se ponga en marcha cuanto antes. **PÁGINA 5**

La Abogacía cuestiona las sanciones por vulnerar el confinamiento

Cree que la Policía no puede multar al que salga a la calle, si no a quien se niegue a obedecer **POR MANUEL MARRACO / PÁGINA 13**

Austria acaba con el encierro y Dinamarca abre los colegios

C. VALERO Y P. POZA / PÁGINAS 30 Y 31



La doctora Nerea Bueno y su enfermera certifican la muerte de un hombre en un piso de Valencia minutos después de recibir una alerta por «asfixia». **ALBERTO DI LOLLI**

«He entendido que no siempre voy a vencer a la muerte»

Un muerto, asfixias, un anciano que se niega a ir al hospital... EL MUNDO vive una jornada de urgencias con una médico del SAMU en Valencia

UN REPORTAJE DE **ALBERTO DI LOLLI Y RODRIGO TERRASA**

«He aprendido a bailar con la muerte», dice Nerea Bueno, médico del SAMU en Valencia. Pasamos una frenética jornada de emergencias a

bordo de su ambulancia en medio de esta gran pandemia que sufre el planeta. Casos de asfixia y enfermos que arriesgan su vida en casa para evitar los hospitales. «Jamás he visto nada parecido a esto, es una pesadilla zombi». **PÁGINAS 18 A 20**

Hola, soy el/la vecino/a del _____
#hoyoreciclovitrioportodos
Deja el vidrio en la puerta y aprovecharé cuando tenga que salir para reciclarlo.

(Ayuda a tus vecinos y deja este mensaje a las personas que crees que lo podrían necesitar)

ecovidrio
ENTIDAD SIN ANIMO DE LUCRO





«La sensación de salvar una vida es brutal. Yo me hice médico para eso y me dediqué a las emergencias porque me enganchó esa sensación, la acción-reacción. Es el puto ego. Te sientes una estrella de rock. Un subidón... Por una vez sientes que estás por encima. Hay gente que sabe cocinar. Yo no sé, pero sé hacer esto...».

Nerea repasa los botes de suero, prueba los botones del respirador y limpia el estante en el que están todos los tubos, cada uno en una funda de plástico. Junto a la puerta hay un mueblecito lleno de medicamentos, cada uno con su etiqueta también. Dopamina, diazepam, adrenalina...

«...Y, sin embargo, cuanto más formada y preparada estás para salvar vidas, más humilde te haces, más egos se te van quitando. Porque ves que no, que no somos héroes, que no podemos salvar

esto», admite. «Viví el accidente de metro de Valencia y situaciones críticas pero nunca nada como esto, nada que hiciera convulsionar el sistema de esta manera».

En el SAMU hacen guardia cinco o seis días al mes. El resto de cada semana, Nerea colabora como anestesista en La Fe y al me-

nos dos veces al año viaja a África con una ONG, la Fundación NED. Su última guardia en el SAMU fue a finales de marzo, justo después de las Fallas que

nunca fueron. Cinco personas murieron esa noche en sus casas con síntomas de coronavirus en Valencia, cerca de 200 en Madrid. La mayoría no aparecen en las cuentas oficiales porque fallecieron sin ser testados previamente.

Nerea tuvo que estar una semana en cuarentena después de aquella noche. El conductor de su ambulancia, Javier, estuvo 11 días

la que hay tres camastros, una mesita, un baño con ducha y unas taquillas como las de los gimnasios. Aquí se cambian los tres antes de bajar al coche y aquí descansan entre avisos. Las llamadas las reciben desde el CICU, el Centro de Información y Coordinación de Urgencias. Su unidad es Alfa 4. Todos llevan un Tetra, una especie de *walkie talkie* de los que se habilitaron tras los atentados del 11-M y que funcionan incluso cuando la Policía instala inhibidores de señal. También tiene un viejo teléfono móvil de color negro.

10:55 h. El primer aviso les llega tomando café en una gasolinera. Invita la casa. Café gratis para la Policía y el personal sanitario. Aún no son las 11 de la mañana. La alerta dice que hay un señor de 87 años con dolor de pecho y las pulsaciones muy bajas y al que le cuesta respirar. Se considera «sospecha de covid», así que los tres se visten como astronautas. El equipo de protección, unos aparatosos monos blancos, recuerda al uniforme que llevaban aquellos tipos que querían llevarse a E.T. de casa de Elliot cuando estas cosas sólo pasaban en el cine.

Nerea tarda casi 10 minutos en protegerse. Se coloca el fonendoscopio en las orejas, luego se cubre la cabeza con una licra que le recoge el pelo, unas gafas como de esquiador profesional, una mascarilla de protección respiratoria, encima una mascarilla quirúrgica y encima una pantalla transparente que se sujeta en la frente. Luego lleva guantes, calzas, el mono blanco que le cubre todo el cuerpo, otros guantes azules y unas fundas en los pies.

«La sensación de aislamiento es total», explica. «Pasas muchísimo calor, las gafas se te empañan, no ves bien y tampoco oyes del todo. La máscara te aprieta la cara. Son las costras que se nos quedan luego, las cicatrices físicas que nos va dejando esta guerra. Las psicológicas vendrán después».

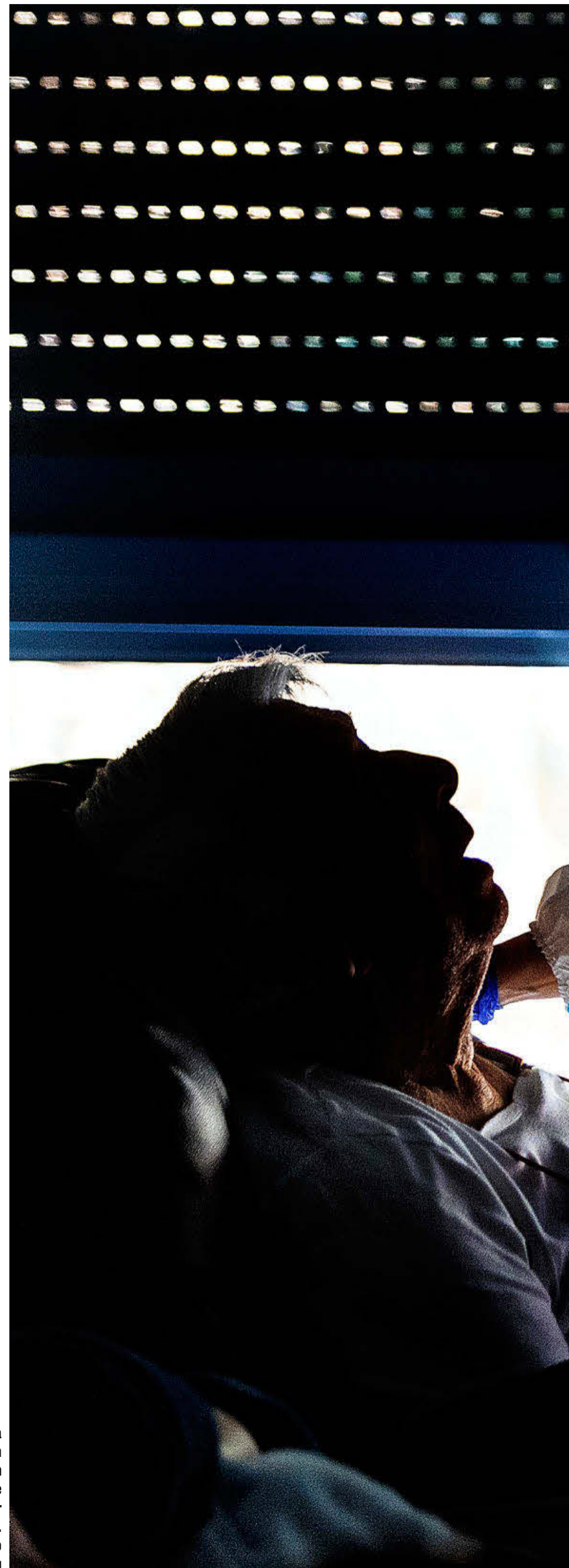
Así, disfrazada de astronauta, Nerea entra en una vivienda en la que viven dos ancianos y la hija que cuida de ellos. El cuadro del paciente es crítico, su nivel de oxígeno en sangre es muy bajo, pero se niega a ser trasladado a un hospital. «Si mi momento tiene que llegar, quiero que sea en casa, con mi mujer, y no completamente solo en un hospital», dice el señor con apenas un hilo de voz. Nerea le sonrío debajo de las tres máscaras y le acaricia el hombro si es que se puede acariciar a alguien con dos guantes en cada mano. Luego se lleva a la hija al pasillo.

«Probablemente no supere esto», le advierte Nerea.

«Aceptamos la situación, y si tiene que llegar hasta aquí, pues ya está», responde la hija.

El equipo de Nerea no está en la casa más de 15 minutos, lo que tardan en calmarle el dolor. En la calle desinfectan el material que

SIGUE EN PÁGINA 20



Nerea atiende en su casa a un anciano que se niega a ir al hospital.

FOTOS: ALBERTO DI LOLLU

Acompañamos durante una jornada de guardia a Nerea Bueno, médico del SAMU en Valencia. Su ambulancia recorre las emergencias de una ciudad

24 HORAS «BAILANDO» CON LA MUERTE

paralizada por la pandemia del coronavirus y atrapada por el miedo. «Es una pesadilla

zombi», dice minutos después de certificar el fallecimiento de un hombre en su casa. «Ojalá esto nos haga más sensibles al sufrimiento de los demás»

cualquier vida. Con el tiempo aprendes que cuando la muerte llega y se quiere apoderar, se apodera. Y ya puedes poner todos los medios, que ella te gana. Yo he aprendido a entender que no siempre voy a poder vencer. He aprendido a bailar con la muerte».

09:00 h. Son las 9 de la mañana del domingo en Valencia. Hace sol. Nerea Bueno tiene 44 años. Es médico desde 2001, hoy anestesista y médico del SAMU, el Servicio de Atención Médica de Urgencia. «Médico de calle», dice ella. «Me encanta la emergencia. Poder actuar *in situ* y en situaciones con mucha inmediatez. En la calle, en casa de un paciente, con los bomberos, catástrofes, accidentes... Ahí es donde siento que puedo hacer mejor mi trabajo».

Por delante tiene 24 horas, toda las calles para ella y una catástrofe como no se recuerda otra. «Nunca he visto nada parecido a

apartado y su enfermera aún no ha vuelto a trabajar, así que ha sido sustituida temporalmente por Yolanda, una veterana enfermera que trabajaba para una mutua y ha pedido una excedencia para volver al SAMU 20 años después.

Los tres desinfectan cada mañana el interior de su ambulancia. Limpian cada herramienta como si fueran piezas de una vajilla. Su ambulancia es una furgoneta Mercedes aparcada frente a la puerta de Urgencias del Hospital General de Valencia. Por fuera es de color amarillo y por dentro parece un coche de juguete, como si fuera una caravana de Playmobil, con su cardiocompresor portátil, su trineo, sus goteros, sus balas de oxígeno, su aspirador de secreciones, su monitor de electros... No hay un solo espacio que no esté perfectamente optimizado.

La jornada empieza aquí dentro y en una pequeña sala que hay en la primera planta del hospital en



PRIMER PLANO



COVID-19 EN PRIMERA LÍNEA CONTRA EL VIRUS

VIENE DE PÁGINA 18

han subido y se quitan toda la protección. Meten los pies en una bolsa de basura y se van arrancando capas. Todo será destruido en contenedores de restos biológicos. A veces vienen los bomberos y directamente les fumigan.

«Esto es como una pesadilla zombi», reflexiona la médica. «La gente ya no sólo le tiene miedo al virus, tiene miedo a los hospitales, nos tienen miedo a nosotros. Nos miran como si los sanitarios también fuéramos zombis, como si lleváramos el bicho dentro. Hay gente que se está muriendo en sus casas porque avisan cuando ya es demasiado tarde y se nos escapan entre los dedos. El miedo debe ser un aliado para ser más prudentes, pero no puede restar».

– ¿Y tú tienes miedo?

– Tengo miedo a dejar a mis compañeros sin material. Y miedo a volver a casa y ser fuente de contagio. No somos de piedra ni de plástico. Asumo la responsabilidad de mi trabajo, pero no quiero tener efectos colaterales. Nunca había trabajado con esta sensación.

Nerea tiene dos hijas de 9 y 11 años, está divorciada y comparte la custodia con su ex marido, también médico. «Me preocupa que nos aislen a los dos y no poder dejarlas con nadie. Y es muy duro no poder abrazarlas, no darles un beso cuando salgo de casa. Tomo medidas de precaución que no había tomado en mi vida».

A lo largo de las 24 horas de esta guardia, Nerea se ducha tres veces en la salita del hospital. A las 11 de la noche, a las 4 de la madrugada y a las 9 de la mañana. «Te juro que nunca he sido tan limpia», bromea.

13:07 h. Antes de comer reciben el segundo aviso: «Dificultad respiratoria brusca y asfixia». La ambulancia pone rumbo a uno de los barrios más pobres de Valencia. El aviso lo ha dado la vecina de un grupo de pakistaníes que comparten piso en el edificio. Ningún vecino les abrió la puerta cuando pidieron ayuda pero una al menos llamó al 112. Otra vez el miedo. Es un segundo piso sin ascensor. Cuando entra Nerea, el paciente está muerto.

Es un hombre de 47 años. Está tumbado boca arriba en uno de los dos colchones que hay en medio del salón, en chándal y con los pies descalzos, la boca desencajada. Al lado de una mesita en la que hay varias botellas de agua vacías, una garrafa, un bote de jabón de manos y unos guantes de látex arrugados. Cuesta creer que la escena ocurra en España. La estampa del cadáver, con Yolanda y Nerea a sus pies vestidas otra vez como mujeres del espacio, parece uno de esos retratos que hacen los corresponsales de guerra en Siria o en Afganistán, pero es aquí al lado, a unas pocas manzanas de la Ciudad de las Artes y las Ciencias de Valencia.



La médica Nerea Bueno, junto a su equipo, Javi y Yolanda, en distintos momentos de la guardia del SAMU del pasado domingo en Valencia.

Los compañeros de piso de la víctima sólo aciertan a decir: «No fiebre, no fiebre». Nerea llama a la Policía para que se haga cargo del cuerpo. «Nunca sabremos si tenía Covid-19», se lamenta.

– ¿Te acostumbras a la muerte?

– Cada vez le tengo menos miedo. Archivo rápidamente pero no porque se me haya hecho la piel más gruesa, sino por todo lo contrario. He aprendido a empatizar con muchas emociones. Me afecta la sensación de desbordamiento de estos días, ver que esto es inabarcable. Y me conmueven cosas como la claridad mental del señor que quería morir en su casa. La dignidad ante la muerte me emociona.

14:09 h. Nerea come una ensalada y un plato de paella en la cafetería del hospital. Los trabajadores del SAMU comían gratis en los hospitales hasta que en 2008, con la excusa de los recortes, les obligaron a pagar el menú. Después de un accidente de tráfico de su hijo, el director de la cafetería del General ordenó que los del SAMU volvieran a comer gratis en su bar.

Dice Nerea que la crisis del coronavirus ha traído también un corporativismo muy sano. «Antes cada uno iba a su bola, pero ahora todos cuidamos de todos. Somos un bloque. La Policía, los bomberos, los técnicos, las enfermeras, los camilleros, las de la limpieza que nos repasan con lejía hasta las teclas del ordenador, o Chelo, la de la cafetería, que me pregunta cada día cómo me ha ido la guardia... Nos estamos cuidando unos a otros».

Después de la paella, los tres del Alfa 4 vuelven a su base para descansar. Nerea duerme un rato, apenas 20 minutos. «Puedo aprovechar cualquier momento para dormir, hasta con la sirena puesta me quedo frita».

El siguiente aviso es a las 15:45. Un hombre se ha desmayado en su casa. Nerea nos traduce el parte al salir de su casa: «Hizo tanta fuerza intentando cagar que le dio un síncope y se quedó medio *pajarito* un segundo». Nada grave.

16:50 h. Un yonqui con un trastorno esquizofrénico le ha robado siete pastillas a un compañero de piso y está delirando. El aviso dice: «Intento de suicidio». Cuando Nerea se presenta en su domicilio, el paciente se queja de que, por culpa de la pandemia, hace días que no sabe de su camello. Salió des-

calzo a la calle a buscarlo y los vecinos llamaron a Emergencias.

«Son las víctimas colaterales de todo esto», dice la médica, que ordena trasladar al chaval al hospital custodiado por un agente de Policía que les acompaña en la ambulancia por si las moscas.

En la base meriendan. Javier, el conductor de la ambulancia, ha traído unas naranjas de su huerto y Yolanda ha hecho una tarta de zanahoria.

19:30 h. Después del café, Nerea propone pasear con la ambulancia por Ruzafa para escuchar los aplausos de los vecinos. «La fallera mayor se quiere dar un baño de multitudes», bromea Javi. Luego hace sonar las sirenas por uno de los barrios más céntricos de Valencia mientras Nerea asoma medio cuerpo por su ventanilla.

«Me mola, ¿qué quieres que te diga?», admite ella. «Es un tanto hipócrita porque luego hay gente que huye de nosotros como si tuviéramos la lepra, pero al menos en la distancia nos ofrecen su cariño. Espero que esto sirva para que el día de mañana se valore más nuestro trabajo».

– ¿Crees que saldremos mejores de esta situación?

– Vivíamos en una sociedad de certidumbres, de inmediatez, de conseguir siempre lo que necesitas. Y, de repente, nada es seguro. Pensábamos que estas cosas sólo ocurrían en África y vivíamos de espaldas a ellos. Ojalá esto nos haga más empáticos con el sufrimiento de los demás. Ojalá la piel se nos haga más sensible.

– ¿Qué le pides a los políticos?

– Que no permitan que esto vuelva a suceder; que vigilen la seguridad, la previsión y el abastecimiento. Y que intenten que la próxima lucha sea más digna, que no nos pille sin escudos.

Lo que queda de noche aún traerá el caso de una prostituta que se ha hecho un corte en las muñecas, el infarto de una señora de 88 años, un bajón de azúcar y la insuficiencia cardíaca de otro anciano. Nada que ver directamente con el dichoso virus.

A las 9 de la mañana del lunes, 24 horas después, Nerea desayuna un café con leche, una botella de agua y un cruasán. Chelo le pregunta qué tal ha ido la guardia.

«A pesar de todo este drama yo me siento satisfecha. Hay gente que nos dice estos días que esto que hacemos no se paga con dinero, pero no es verdad. Es justo para esto para lo que nos pagan. Yo sigo creyendo en este trabajo, me siento una guerrera y sigo peleando cada día hasta que sale el sol».



Nerea habla por teléfono con el Centro de Urgencias. En la cara, se le ven las marcas que le dejan las máscaras de protección.